

M.^a Encarnación González Rodríguez (ed.)

SAN JUAN DE
ÁVILA, DOCTOR

Magisterio vivo

ESTUDIOS Y ENSAYOS
→ BAC ←
ESPIRITUALIDAD

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2013

ÍNDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN, por M. ^a Encarnación González.....	XIII
SIGLAS Y ABREVIATURAS	XIX
CAPÍTULO I. Humanista , por M. ^a Dolores Rincón González	3
Introducción: Semblante de un humanista del siglo XVI.....	3
1. El humanista <i>stricto sensu</i>	8
2. El humanista al margen de lo filológico	13
3. La inquietud regeneradora del humanismo	16
Conclusión: Juan de Ávila: entre Humanismo y Reforma	22
CAPÍTULO II. Evangelizador , por M. ^a Jesús Fernández Cordero ...	25
Introducción: Juan de Ávila, predicador del Evangelio al modo evangélico	25
1. Juan de Ávila, predicador del Evangelio.....	26
a) La buena noticia de Jesucristo	26
b) Predicador de Jesucristo crucificado	30
c) Predicador de la palabra de Dios bajo la acción del Espíritu en la Iglesia.....	31
d) «Nuestro Señor lo ha llamado para engendrarle hijos a gloria suya».....	33
2. Juan de Ávila, predicador al modo evangélico.....	36
a) Configurado con Jesucristo crucificado	37
b) El secreto de la fecundidad espiritual: «Amar mucho a nuestro Señor» y un «cuidadoso amor del bien de los otros».....	40
c) Orante: «Más imprime una palabra después de haber estado en oración que diez sin ella»	42
d) Pobre al servicio de los pobres	44
e) Estilo evangélico y paulino: itinerancia, fraternidad y redes de relaciones.....	48
f) La verdadera alegría, frente a la vanagloria.....	51
Conclusión. Juan de Ávila, modelo de evangelizadores.....	54

CAPÍTULO II EVANGELIZADOR

MARÍA JESÚS FERNÁNDEZ CORDERO
Universidad Pontificia Comillas, Madrid

Introducción: Juan de Ávila, predicador del Evangelio al modo evangélico

Acercarse a san Juan de Ávila como *evangelizador* constituye un reto al cual —advierto de entrada— no voy a poder responder cumplidamente en estas páginas. La razón fundamental, aparte de las limitaciones de tiempo y espacio, estriba en que esta categoría es —junto con la de *sacerdote*— abarcadora de todas las dimensiones del ministerio de Juan de Ávila: cuando predica, escribe, acompaña, funda colegios, estudia, reflexiona sobre la reforma de la Iglesia, aconseja..., incluso cuando ora, guarda silencio o sufre, está movido por el deseo de que Dios sea conocido, servido y alabado y que todos puedan acceder a la vida de Dios, recibir y acoger el Evangelio. Es evidente que no podemos desplegar aquí toda esta riqueza; por eso lo advierto desde el principio para que esto no se pierda de vista.

Por otra parte, creo importante respetar el lenguaje y las categorías del siglo XVI, y no traspasar de modo anacrónico las nuestras como si la santidad fuera algo intemporal. En este sentido, la categoría más próxima a lo que aquí nos ocupa —el

ser *evangelizador* de san Juan de Ávila— era, en aquel tiempo, la de «predicador del Evangelio», y por ello procuraremos exponer, en la medida de lo posible, lo que esto significaba. Solo respetando los términos y la comprensión de entonces podremos captar las lecciones de la historia para nuestro presente.

Es conocido que cuando Fr. Luis de Granada escribió la *Vida* de Juan de Ávila, escogió el siguiente título: *Vida del Padre Maestro Juan de Ávila y las partes que ha de tener un predicador del Evangelio* (Madrid 1588). En la dedicatoria de la obra a Juan de Ribera, arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquía, afirmaba que en ella «se nos representa una perfecta imagen del *Predicador evangélico*»¹. Así, de modo esencial, aparece vinculado desde el principio el sentido objetivo y subjetivo, el contenido de este ministerio y el modo de llevarlo a cabo: Juan de Ávila habría encarnado la figura de *un predicador del Evangelio al modo evangélico*. Sobre estas dos dimensiones procuraré estructurar esta reflexión.

1. Juan de Ávila, predicador del Evangelio

a) *La buena noticia de Jesucristo*

Lo que Juan de Ávila deseaba transmitir —siempre y en todo lugar— aparece expresado con gran sencillez y claridad en unas palabras de la *Carta 44* de su *Epistolario* (OC IV, 225-233). El Maestro se dirigía *A una señora afligida con trabajos corporales y tristezas espirituales*, que ha sido identificada, gracias a las referencias de Fr. Luis de Granada, como doña Leonor de Inestrosa, una de sus primeras discípulas en Écija².

¹ FRAY LUIS DE GRANADA, *Vida del Padre Maestro Juan de Ávila y las partes que ha de tener un predicador del Evangelio*, en Fr. L. DE GRANADA - L. MUÑOZ - L. SALA BALUST, *Vidas del Padre Maestro Juan de Ávila* (Juan Flors, Barcelona 1964) 22.

² Casada con don Tello de Aguilar, doña Leonor acogió a Juan de Ávila en su casa cuando él iniciaba su ministerio en Écija; mantuvo con él una amplia relación epistolar y entabló también amistad con Fr. Luis de Granada.

Al comienzo de la carta, se hacía eco de la situación de doña Leonor, cuya alma estaba «llena de desconsuelos», y deseaba que Dios encaminase hacia ella a alguien que le supiera declarar «qué bien es Jesucristo nuestro Señor». Y afirmaba a continuación:

No hay ánima que tan desconsolada esté, que *la nueva alegre de quién es Jesucristo* no baste a levantarla de la tristeza y desconfianza y henchirla de gozo, si de ella se quiere aprovechar (C 44: p.225)³.

Le mostraba luego cómo ella no se sabía aprovechar «de la consolación que trae esta *nueva*», por haber apartado sus ojos del Señor poniéndolos en sí misma. Nos interesa retener aquí este lenguaje avilino que toca la esencia del Evangelio: una *nueva alegre*, una *noticia*, cuyo contenido es la *persona* misma de Jesucristo y cuya fuerza es capaz de levantar al alma de toda tristeza y desconfianza, cualesquiera que estas sean, pues se trata de una fuerza salvífica. En la misma carta, exhortaba a su destinataria a apreciar esto:

¡Qué mayor *novedad* pudo ser que hacerse Dios hombre y ser pobre y cansarse el que es riqueza y descanso del cielo y la tierra! ¡Qué mayor *novedad* que morir el que es vida! De las cuales *obras nuevas y amor nunca visto ni oído* salen para con los hombres tales efectos de misericordia, que es mucha justicia que alabemos ya al Señor con todas nuestras fuerzas con nombres de amador y lleno de misericordia, con más frecuencia que con nombre de sabio, ni fuerte, ni justo (ibíd., 229).

Este precioso texto, que invita a pasar de la alabanza del Antiguo Testamento a la del Nuevo —es decir, a la propiamente evangélica— nos sitúa también ante la clave de la absoluta *novedad* de la noticia cristiana, la cual nunca se agota, de tal modo que no solo para quien la escucha por primera

³ Las cursivas son mías.

vez, sino también para quien vuelva su espíritu hacia ella, en la apertura de cualquier instante de la vida hacia Dios, es algo *nuevo*, admirable, recién descubierto.

En un sermón de adviento (el *Sermón 3*: OC III, 48-65), predicado a unas monjas en vísperas de Navidad, con su típico estilo dialógico planteaba esta pregunta: «¿A qué vino Dios?». Y respondía con los textos de la Escritura: Is 61,1-2, «El Espíritu del Señor está sobre mí...», y su cumplimiento en Lc 4,21. Y de entre estos versículos, ponía el énfasis en que Dios viene «a evangelizar a los pobres». E invitaba: «El que es pobre alégrese, que la venida de Cristo a traer nuevas alegrías viene a los pobres». Todavía insistía en ello con el pasaje de Lc 7,22, cuando Jesús, a las preguntas de los enviados de Juan el Bautista, contestaba con los signos: «los ciegos ven, los mudos hablan, los cojos andan, los pobres reciben nuevas alegrías». Hacía un inciso para traducir la palabra *evangelio* por «nueva alegría, dar alegrías». Completaba este elenco de citas bíblicas con la del Salmo 71 (numeración de la Vulgata), de este modo: «Vino a librar al pobre de las manos del poderoso, a socorrer al que no tenía quién le ayudase, a perdonar al pobre y mendigo y a salvar las ánimas de los pobrecitos» (OC III 51-53). Desarrollaba luego largamente el tema de la pobreza, pasando de la imagen del pobre material a la del pobre pecador que ansía ser curado de sus llagas espirituales; y anunciaba otra vez: «Pues a eso viene, a dar alegría a los flacos de corazón y esperanza a los desconsolados [...] alegrías, que ya viene Dios, hecho hombre, a daros buenas nuevas» (ibíd., 59).

He escogido estos dos textos para poner de manifiesto cómo san Juan de Ávila captó la esencia de la predicación del Evangelio y extrajo de este núcleo —bíblico y teológico— toda la fuerza renovadora de este ministerio que desplegó a lo largo de su vida. Aun a riesgo de simplificar, conviene recordar que con frecuencia y desde los siglos medievales, por una cierta interpretación reduccionista de la doctrina de san Agustín, la predicación era entendida como una *enseñanza* o *instrucción* del pueblo en materia de fe y costumbres, y esto en un sentido

más intelectualista que como ofrecimiento de la verdad y acceso vital al misterio de Dios⁴. Por el contrario, Juan de Ávila —cuya formación en la universidad de Alcalá contribuyó a situarle en la renovación de la predicación a partir de las fuentes bíblicas y patrísticas⁵— rescata el sentido más original de la predicación cristiana como *anuncio* del Evangelio, de la *buenas noticia de Jesucristo*⁶. Tanto en los sermones como en las cartas, y en todo lo que hace, su empeño consiste en que las personas reciban esta buena noticia, *reciban a Jesucristo mismo en sus vidas*. Es un predicador del Evangelio porque es un mensajero de esta buena noticia.

Creo que en esto radica la clave fundamental de su ejercicio del ministerio, y me parece que se ha subrayado poco o, al menos, ha quedado un tanto ensombrecido por la propia hagiografía, como si el carácter vivo de su predicación y su eficacia (realmente asombrosa) procedieran solo de su fervor, de su celo personal, y no de esta comprensión verdaderamente teológica de dicho ministerio, abierta a una sacramentalidad que hace presente el Misterio⁷ y de la cual, a su vez, emana toda una espiritualidad.

⁴ Me refiero al predominio del *docere* (enseñar) sobre el *delectare* (agradar, en el gozo de la buena noticia) y *flectere* o *movere* (cambiar de dirección, mover y conmover, en adhesión a ella), que constituían los tres oficios del predicador expuestos por san Agustín en el libro IV del *De doctrina christiana*. Para un amplio panorama, J. LONGÈRE, *La prédication médiévale* (Études Augustiniennes, París 1983). A lo largo del s. XVI y sobre todo en la Iglesia posttridentina se privilegiará el *movere* sobre el *docere*. D. DERCORNO, «Dal "sermo modernus" alla retorica "borromea": Lettere italiane 39 (1987) 465-483. Hay que advertir que en los decretos de los concilios, incluido Trento, la predicación se orienta hacia la instrucción y la moral.

⁵ B. JERECZEK, *Louis de Grenade disciple de Jean d'Avila* (Éd. Lussaud, Fontenay-le-Comte 1971) 243-246 indica el sentido renovador de la predicación alcalaína.

⁶ Una síntesis que nos acerca a este sentido original, R. AGUIRRE, «La palabra apostólica», en A. TROBAJO y otros, *La palabra de Dios en lenguaje humano* (Univ. Pont. de Salamanca, 1994) 191-225.

⁷ F. X. DURRWELL, «La presencia de Jesucristo en la predicación», en K. RAHNER - B. HÄRING, *Palabra en el mundo. Estudios sobre teología de la predicación* (Sígueme, Salamanca 1972) 31-46; este autor subraya que la predicación «no puede contentarse con transmitir una doctrina; debe ser mediadora de una presencia» (p.34). Más recientemente González de Cardedal afirmaba que la orientación fundamental de la predicación ha de ser «poner al hombre delante de Dios y a Dios

b) *Predicador de Jesucristo crucificado*

La buena nueva de Jesucristo tiene su culminación en el misterio de la Cruz, y Juan de Ávila lo ponía insistentemente de manifiesto:

El mismo Criador nos vino a testificar su amor con el testimonio más cierto que hay; el cual es no solo *dar*, porque aquello poco duele, mas *darse* y padecer por nosotros, lo cual es tanto mayor señal de amor, cuanto va de su persona a los dones. Y este testimonio, porque sin duda fuese de nos recibido, firmólo con su muerte, habiéndolo escrito con sangre; [...] sepan los hombres que son amados de Cristo, pues puso por nosotros lo último que se pudo poner (C 81: p.338).

Estas palabras pertenecen a la *Carta 81, A unos sus amigos atribulados*, y tienen el valor de mostrarnos el carácter cristocéntrico y pascual de la predicación avilina. La persona de Jesucristo, y este crucificado, es la revelación del amor de Dios, la buena noticia, que Ávila no se cansa de anunciar: «¡Oh palabra alegre en las orejas de los pobrecicos! [...] ¡Oh si en otra cosa no hablásemos ni escribiésemos, sino que nos quiere bien Cristo!». Si la Cruz constituye el punto culminante de la predicación de Jesús, hecha silencio, entrega y perdón⁸, el Crucificado ha de ser también el centro de la predicación de sus mensajeros, asimismo con la palabra y la entrega silenciosa de la vida. Hay aquí una profunda huella paulina.

La continua insistencia de Ávila en que sus oyentes y destinatarios alcen sus ojos al Señor y miren a Cristo puesto en cruz

delante del hombre». O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, «La predicación en la Iglesia», en M. A. PENA GONZÁLEZ - J. R. FLECHA ANDRÉS - A. GALINDO GARCÍA (eds.), *Gozo y esperanza. Memorial Prof. Dr. Julio A. Ramos Guerreira* (Univ. Pont. de Salamanca 2006) 981. Este carácter mediador, esta sacramentalidad es uno de los rasgos fundamentales de la predicación de Juan de Ávila.

⁸ Juan de Ávila llama a la Cruz púlpito y cátedra: «Quien no sabe ciencia, venga a oír a este Maestro sentado en su cátedra. Quien quiere oír buen sermón, oya a Cristo en el púlpito de la cruz, y será libre de errores, porque *la Verdad*, que es Él, le *librará* (cf. Jn 8,32)» (C 12: p.94).

se debe a que *fue hecho causa de salud para todos los que le obedecen* (cf. Heb 5,9), y así, encontrarán en él todos los bienes: los pecadores, conversión; los tristes, alegría; los desconfiados, confianza; los atribulados, fortaleza; los pobres, verdadera riqueza..., y todos el amor de Dios, «Padre de las misericordias y Dios de toda consolación (2 Cor 1,3), que nos amó y amará» (C 81: p.339).

Aquí encontrará igualmente la Iglesia todo su bien y el remedio de los males que la aquejan. Por eso, decía en una plática dirigida a los jesuitas: «Los que predicán reformation de Iglesia, por predicación e imitación de Cristo crucificado lo han de hacer y pretender» (OC I, 827). Y les ponía el ejemplo de dos grandes santos que renovaron la Iglesia: santo Domingo, que mandó a sus frailes que tuvieran en su celda una imagen del Crucificado, y san Francisco, que le imitó hasta el punto de ser sellado con sus llagas. Esta potencia reformadora brota del misterio de la Cruz: no olvidemos que ella es el *tálamo nupcial*, donde Cristo esposo toma a la Iglesia por esposa⁹, el lugar del admirable intercambio por el cual la hermosea, donde él quiso vestirse en su cuerpo de nuestra fealdad «para que así fuese nuestra fealdad absorbida en el abismo de su hermosura, como lo es una pequeña pajita en un grandioso fuego, y nos diese su imagen hermosa, haciéndonos semejables a Él»¹⁰.

c) *Predicador de la palabra de Dios bajo la acción del Espíritu en la Iglesia*

La buena noticia que hay que anunciar es la *persona* de Jesucristo, «la Palabra de Dios increada», el cual, mediante su Pasión, nos ganó todos los bienes. Pero estos bienes, también

⁹ J. DEL RÍO MARTÍN, «La Iglesia, esposa de Cristo, en san Juan de Ávila: *Toletana* 10 (2004) 57-77.

¹⁰ *Audi, filia* [I]: OC I, 522.

«los obra y efectúa mediante su Palabra que acá dejó», es decir, mediante la Sagrada Escritura. Con esta Palabra que acá nos dejó, el Señor «alumbra nuestras ignorancias, enciende nuestra tibieza, mortifica nuestras pasiones y, lo que más es, resucita las ánimas muertas, que es mayor obra que criar los cielos y tierra»¹¹. Por tanto, el anuncio del evangelizador ha de ser este: la palabra de Dios.

En la primera edición del *Audi, filia*, Juan de Ávila recomendaba la lectura de la Escritura porque «tener conocimiento de Dios y de lo que cumple a nuestra salud, no se alcanza sino por sabiduría de la palabra de Dios». El contacto directo con la Escritura no es una cuestión solo de cultura cristiana; su ausencia no determina solo una ignorancia cultural; es una cuestión de acceso al conocimiento de Dios y afecta a nuestra relación con él. Indicaba Juan de Ávila que esta había de ser una lectura *en la Iglesia*: «ha de ser por la determinación de la Iglesia católica, a interpretación de los santos de ella, en los cuales habló el mismo Espíritu Santo [...] Pues que cada Escritura se ha de leer y declarar con el mismo espíritu con que fue hecha»¹². Sin embargo, esta recomendación de lectura tuvo que desaparecer en la segunda edición, después de la prohibición de leer la Escritura en lengua vulgar y de que la propia obra del *Audi, filia* fuese incluida en el *Catálogo de libros prohibidos* del inquisidor Valdés. Entonces Ávila —que debió sentir esto profundamente desde su corazón pastoral, como a santa Teresa le dolió en su vida espiritual— aconsejará el *libro eficaz* de la Pasión del Hijo de Dios¹³.

La responsabilidad de los predicadores en el anuncio de la palabra de Dios constituyó una de las más serias preocupaciones de Juan de Ávila, la que le hizo luchar y trabajar por

¹¹ *Tratado sobre el sacerdocio* 47: OC I, 945.

¹² *Audi, filia* [I]: OC I, 476. Formulación cercana incluso en la redacción a *Dei Verbum* 12.

¹³ *Audi, filia* [I]: OC I, 680. J. M. SÁNCHEZ CARO, «La Sagrada Escritura según san Juan de Ávila»: *Seminarios* 201-202 (2011) 33-73. Subraya diversas afirmaciones del Maestro que son sorprendentemente parecidas y casi idénticas a las del concilio Vaticano II.

la formación de los ministros a lo largo de toda su vida y por todos los cauces posibles. También a los predicadores les recordaba la necesidad de interpretar la Escritura en la Iglesia y bajo su guía, rebatiendo las pretensiones de «alzarse con la palabra de Dios y con el entendimiento de ella», pues «el Señor, que nos dio su palabra, nos dio varones santos en quien Él moró, para que nos declarasen la Escritura con el mismo espíritu que fue escrita» (C 9: p.52). Así, la misión del predicador solo se realiza auténticamente en la comunión eclesial, la cual es, a su vez, obra del Espíritu Santo¹⁴.

De este modo, también la palabra de Dios en la predicación es eficaz: «La Palabra del Señor, en boca de sus predicadores, riega la sequedad de las ánimas como lluvia del cielo venida; y, embriagadas con dulce amor del Señor, les hace dar frutos de buenas obras»¹⁵. Así, el ministerio de la palabra tiene la doble función de manifestar la gloria de Dios y de ser mediación para la salvación de los hombres.

d) «*Nuestro Señor lo ha llamado para engendrarle hijos a gloria suya*»

Consciente de la importancia de la misión a la que es llamado el predicador, Juan de Ávila acompañó la formación y el ministerio de muchos predicadores, y la llamada *escuela sacerdotal* que se aglutinó en torno a él, aunque sin asumir ninguna estructura institucional, se distinguió de modo especial por el ejercicio de este ministerio. Se conservan diez cartas del Maestro dirigidas a predicadores, en las cuales les instruía y orientaba en la vida espiritual y el ministerio. De ellas nos interesa en este punto cómo Ávila concebía la misión del predicador del Evangelio. En lo dicho hasta ahora, hemos abordado el

¹⁴ Sobre este tema, J. DEL RÍO MARTÍN, «El Espíritu Santo y la Iglesia en los escritos de san Juan de Ávila»: *Isidorianum* 7 (1998) 51-85.

¹⁵ *Tratado sobre el sacerdocio* 45: OC I, 945.

contenido de la misión evangelizadora; pero ¿qué significaba para el ministro, para el evangelizador?

Para desentrañar esto, la *Carta 1* del Epistolario constituye un verdadero tesoro. Como es sabido, el destinatario era Fr. Luis de Granada y esta carta, junto con el trato con el Maestro durante su etapa en el monasterio de Escalaceli, supuso una reorientación de su ministerio, gracias a una auténtica conversión a la interioridad¹⁶.

Ávila define aquí la vocación del predicador como un llamamiento de Dios «para engendrarle hijos a gloria suya». El origen de esta misión radica en Cristo, el ungido por el Espíritu, que la llevó a cabo por el mismo Espíritu «engendrando por la palabra hijos de Dios y muriendo por ellos, por lo cual mereció ser llamado *Pater futuri saeculi* (Is 9,6)».

Y porque de Él y de sus bienes hay comunicación con nosotros, así como nos hizo hijos siendo Él Hijo, y sacerdotes siendo Él Sacerdote, hízonos Él, siendo gracioso, graciosos; Él, amado y bendito, semejables a Él [...] así, porque no quedase en el tesoro de su riqueza cosa de la cual no nos diese parte, teniendo Él espíritu para ganar los perdidos, compasión para ganar las ánimas enajenadas de su Criador, palabra viva y eficaz para dar vida a los que la oyeren, consoladora para los contritos de corazón, *linguam eruditam, ut sciam sustentare eum qui lassus est verbo* (Is 50,4: *lengua de discípulo, para saber sostener con palabras al cansado*), quiso poner de este espíritu y de esta lengua en algunos, para que, a gloria suya, puedan gozar de título de padres del espiritual ser, como Él es llamado, según que san Pablo osadamente afirma: *Per Evangelium ego vos genui* (1 Cor 4,15): *Os engendré por medio del Evangelio* (C 1: p.5-6).

Así pues, la misión del predicador del Evangelio, continuadora de la misión de Cristo, consiste en hacer nacer a los hombres a la vida filial del Hijo, para ser hijos en el Hijo, para recibir el Espíritu del Hijo que nos hace clamar: ¡Abbá, Padre! (cf. Gál 4,6).

¹⁶ Expresión utilizada por B. JERECZEK, *Louis de Grenade disciple... o.c.*

Inherente a esta misión es, según Juan de Ávila, una espiritualidad que se caracteriza por «el espíritu de hijo para con Dios, Padre común, y el espíritu de padre para con los que Dios le diere por hijos». A lo primero corresponde una relación con Dios que Ávila describe en términos de *reverencia* —es decir, adoración con humildad profunda que nos introduce en el abismo del amor de Dios—, *confianza* y *amor puro*, que busca que «la gloria de Dios sea para Dios», mientras que su referencia a Dios *Padre común* garantiza la relación fraterna en el seno de la comunidad eclesial. A lo segundo, el espíritu de padre, corresponde la participación en la iniciativa amorosa de Dios hacia los hombres: se trata de

[...] un cuidadoso y fuerte amor que Él pone en un hijo suyo con otros hombres, por extraños que sean; y ¡qué digo extraños!; ámalos aunque sea desamado, búscalos la vida, aunque ellos le busquen la muerte; y ámalos más fuertemente en el bien que ningún hombre, por obstinado y endurecido que estuviese con otros, los desama en el mal. Más fuerte es Dios que el pecado; y por eso mayor amor pone a los espirituales padres que el pecado puede poner desamor a los hijos malos. Y de aquí es también que amamos más a los que por el Evangelio engendramos que a los que naturaleza y carne engendra, porque es más fuerte que ella, y la gracia que la carne. [...] Y muy necesario es que quien a este oficio se ciñe que tenga este amor; porque así como los trabajos de criar los hijos, así chicos como cuando son grandes, no se podrían llevar como se deben llevar, sino de corazón de padre o madre, así tampoco los sinsabores, peligros y cargas de esta crianza no se podrían llevar si este espíritu faltase (C 1: p.7).

Esta caridad es la que sostiene a los que él llama «espirituales padres» en el oficio de *engendrar* y *criar* hijos para Dios. Estos dos verbos adquieren particular relieve en la experiencia del predicador del Evangelio, y sobre ellos reflexiona Juan de Ávila, invitando a un discernimiento necesario para ejercer una paternidad espiritual. Así «los hijos que hemos por la palabra de engendrar, no tanto han de ser hijos de voz cuanto hijos

de lágrimas», es decir, hijos del amor (que se duele del mal y busca el bien de los hijos) antes y más que de la acción exterior del ministerio de la palabra. Y una vez engendrados, el trabajo de criarlos constituye un verdadero arte de amar, para hacerlos crecer fuertes y libres, hasta alcanzar la madurez espiritual, sin ningún tipo de relación de dependencia con quien ha sido el mediador de su nacimiento espiritual. La prioridad de la caridad y la fuerza de este amor garantizan una paternidad espiritual que nada tiene que ver con el paternalismo que disminuye e impide el crecimiento del otro.

Sería muy interesante relacionar estas páginas y la reflexión de Ávila sobre el ministerio del predicador con el ser *maternal* de la Iglesia. La apuesta que Juan de Ávila realiza por el crecimiento, la madurez y la libertad de los hijos espirituales —que compromete seriamente al predicador en una tarea de acompañamiento espiritual—, resulta ser, según formuló en su día el teólogo dominico Yves Congar, condición fundamental para que, llegados a su madurez, tales *hijos* (e hijas) se conviertan a su vez en *padres* (y madres) espirituales, no individualmente, sino en el seno de la comunidad cristiana, que es la que en realidad engendra¹⁷. La paternidad espiritual del predicador del Evangelio sirve a la maternidad de la Iglesia.

2. Juan de Ávila, predicador al modo evangélico

Para Juan de Ávila solo se podía ser predicador del Evangelio viviendo al modo evangélico. Inculcaba una alta estima por este ministerio y utilizó multitud de metáforas para describirlo: el predicador es órgano de la divina voz, pregonero de

¹⁷ En el Prefacio que Y. Congar escribió en 1963 a la traducción francesa de la obra de D. DELAHAYE, *Ecclesia Mater chez les Pères des trois premières siècles* (Du Cerf, París 1964) subrayaba cómo la maternidad de la Iglesia se realiza por *actos espirituales*, no por una pastoral de ritos, de cosas o de programas; de lo contrario, sus hijos no llegarán a ser a su vez padres ni madres *en la unidad de la comunidad*.

Cristo, ángel mensajero, coadjutor y ayudador de Dios, médico, maestro, pastor, atalaya, martillo, fuego, luz...¹⁸. A un discípulo suyo, después de aconsejarle pensar muchas veces en la misión recibida y darse cuenta de la vigilancia que requería, le decía:

Gran dignidad es traer oficio en que se ejerció el mismo Dios, ser vicario de tal Predicador, al cual es razón de imitar en la vida como en la palabra (C 4: p.29).

Y continuaba: «Sobre fuerzas humanas es ser buen ministro de Dios en la conversión de las ánimas»; por ello, ha de ser Él quien capacite, y es necesario pedirle al Señor «que del todo y en todo obre Él y hable en nosotros». La grandeza y la ejemplaridad de Juan de Ávila consisten en haber vivido precisamente esto. Aquí vamos tan solo a indicar algunos de los rasgos de este vivir evangélico, que nos permitirán apreciar la correspondencia entre *el anuncio del Evangelio* y *el modo evangélico* de proclamarlo.

a) *Configurado con Jesucristo crucificado*

Juan de Ávila fue, ante todo, un hombre alcanzado por la buena noticia de Jesucristo. Su itinerario vocacional, que pasó por una reorientación existencial de gran calado, con el abandono de los estudios de leyes, la búsqueda orante, el estudio de la teología y la ordenación sacerdotal, es sumamente indicativo del impacto que produjo en él la percepción de la *novedad* del misterio de Cristo y del *amor inaudito* de Dios.

Con todo, fue su estancia en las cárceles inquisitoriales de Sevilla, durante el proceso que se le abrió a raíz de su predicación en Écija, la que le introdujo en una experiencia de tipo

¹⁸ Las referencias en J. J. GALLEGO PALOMERO, «La predicación en san Juan de Ávila», en *Congr. 2000*, 836-837.

pascual que configuró toda su espiritualidad bajo el signo de la Cruz¹⁹. Algo atisbamos de esta experiencia a partir de la *Carta 58* de su *Epistolario*, que se considera escrita desde la cárcel y dirigida a sus amigos y discípulos de Écija; en ella inserta una oración a Jesucristo que constituye uno de los principales testimonios de su vivencia interior:

[...] En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y libráste y me amaste, dando tu vida y sangre por mí en manos de crueles sayones; pues en la cruz te quiero buscar y en ella te hallo, y hallándote me curas y me libras de mí, que soy el que contradice a tu amor, en quien está mi salud. Y libre de mi amor, enemigo tuyo, te respondo, aunque no con igualdad, empero con semejanza, al excesivo amor que en la cruz me tuviste, amándote yo y padeciendo por ti, como tú, amándome, moriste de amor de mí (C 58: p.269).

Sin duda, la predicación de Juan de Ávila anterior a este acontecimiento estuvo dotada de una gran fuerza profética; pero fue a partir de este momento cuando la configuración con Jesucristo crucificado adquirió una singular relevancia pastoral y una sobrecogedora hondura mística. Se trató de una experiencia en la que podemos resaltar tres aspectos esenciales:

- fue radicalmente *liberadora*: «me curas y me libras de mí, que soy el que contradice tu amor»; experimentó, pues, siendo prisionero, la más íntima liberación interior, la de la esclavitud que nos ata a nosotros mismos;

¹⁹ Hablando familiarmente con Fr. Luis de Granada, le dijo «que en este tiempo, le hizo Nuestro Señor una merced que él estimaba en gran precio, que fue darle un muy particular conocimiento del misterio de Cristo; esto es, de la grandeza de esta gracia de nuestra redención, y de los grandes tesoros que tenemos en Cristo para esperar, y grandes motivos para amar, y grandes motivos para alegrarnos en Dios y padecer trabajos alegremente por su amor. Y por eso tenía él por dichosa aquella prisión, pues por ella aprendió en pocos días más que en todos los años de su estudio» (FR. LUIS DE GRANADA, *Vida...*, o.c., 94).

- Le dotó de una particular *sabiduría de la cruz*, a través de la cual se introdujo de una manera nueva en el conocimiento de la Sagrada Escritura²⁰;
- y, por último, le otorgó, como diría Isaías, *una lengua de iniciado (de discípulo), para saber decir al abatido una palabra de aliento* (Is 50,4); de hecho, dedicó una gran parte de su tiempo a escribir cartas de consuelo en la tribulación²¹.

El proceso inquisitorial se cruzó en su vida de joven sacerdote —tenía unos 32 o 33 años— y dejó en él una profunda huella, en sentido humano y espiritual. Después, la cruz seguiría asomando en su vida de múltiples formas, y fue moldeando su personalidad de asceta y místico, de maestro de vida y de espiritualidad: la persecución de varios de sus discípulos por la misma Inquisición, en especial los de origen judeoconverso, como él; las dificultades que este origen y esta presión inquisitorial proyectaron sobre la naciente universidad de Baeza, su obra educativa más querida; la aparición de la enfermedad en torno a los cincuenta años de edad y su progresivo avance; la inclusión de su tratado espiritual, el *Audi, filia* en el *Catálogo de libros prohibidos* del inquisidor Valdés en 1559; la repercusión de este clima que podemos calificar de represivo en el ámbito de los escritos espirituales y el modo en que afectó a amigos queridos, como Fr. Luis de Granada o Francisco de Borja; y, por fin, la decisión de un retiro voluntario en Montilla, cada vez más limitado por la enfermedad, cuando él había ejercido el ministerio siempre de manera itinerante.

²⁰ «Y en lo de la Escritura sagrada, le digo que la da nuestro Señor a trueque de persecución. [...] Si algo de ello Dios me dio —que sí dio—, a trueque de esto me lo dio. Y sin esto no aprovecha nada leer» (C 2, A un religioso predicador: p.21-22).

²¹ M. J. FERNÁNDEZ CORDERO, «San Juan de Ávila: Cartas de consuelo en la tribulación», en J. G. DE CASTRO - S. MADRIGAL (eds.), *Mil gracias derramando. Experiencia del Espíritu ayer y hoy* (Univ. Pontificia Comillas, Madrid 2011) 247-265.

Fue, por tanto, un hombre experto en dolores y sufrimientos, con una extraordinaria fidelidad a Cristo y a la predicación del Evangelio, prudente, pero sin dar un paso atrás cuando entendía que se jugaba tal fidelidad, y asombrosamente capacitado para el discernimiento, el acompañamiento espiritual y la transmisión de la fortaleza evangélica en situaciones de dolor y persecución. Había aprendido a encontrar su alegría en el Señor y había abrazado y hasta deseado el padecer con y por Cristo.

Desde esta profunda experiencia, podía aconsejar a los predicadores que arrostraban cualquier tipo de persecución por el Evangelio:

No estime a Dios en tan poco, que quiera dar poco por Él, pues Dios le estimó a él en tanto, que no quiso dar menos que a sí por él. Amado fue en cruz, ame en cruz (C 2: p.18).

b) *El secreto de la fecundidad espiritual: «Amar mucho a nuestro Señor» y un «cuidadoso amor del bien de los otros»*

Cuenta Fr. Luis de Granada que «siendo preguntado por un virtuoso teólogo qué aviso le daba para hacer fructuosamente el oficio de la predicación, brevemente le respondió: «Amar mucho a Nuestro Señor»²². Una vez más, hay que recordar el principio divino de esta dinámica; su *Tratado del amor de Dios* comienza diciendo: «La causa que más mueve el corazón al amor de Dios es considerar profundamente el amor que nos tuvo Él, y, con Él, su Hijo benditísimo» (OC I, 951). Este amor, revelado en Cristo, y la gracia de su redención, no solo constituyen el fundamento de la esperanza, sino que introducen al hombre en la misma dinámica de entrega que Jesucristo vivió.

Juan de Ávila vivió esta respuesta amorosa a Dios desde su ser sacerdotal, que conllevaba de modo inseparable la oración y

el sacrificio, tal y como expuso en su *Tratado sobre el sacerdocio*: oración de intercesión, que, asumiendo el pecado del mundo, implora confiadamente la misericordia de Dios sobre el pueblo, y sacrificio, configurado con Jesucristo sacerdote en la eucaristía para «ofrecerse también a sí mismo, hacienda y honra, y la misma vida, por sí y por todo el mundo» (OC I, 915).

Desde esta especificidad sacerdotal y espiritualidad eucarística, ese ofrecimiento de sí mismo adquirió la forma de una apasionada entrega, «porque estaba tan encendido y transformado en este amor y deseo de salvar las ánimas, que ninguna cosa hacía ni pensaba ni trataba, sino cómo ayudar a la salvación de ellas»²³. Habría que volver a la *Carta 1* como al gran texto que nos permite intuir su vivencia del ministerio en su dimensión evangelizadora: espíritu de hijo que busca la gloria de Dios y no se la apropia para sí; espíritu de padre para con los hijos que engendra en la fe; lágrimas y ofrenda de la vida por ellos; amor perseverante para educarlos, buscando siempre su bien; corazón de padre y madre que garantiza la entrega amorosa, el sacrificio, la paciencia, la vigilancia, la corrección y el socorro cuando es preciso; profundo dolor por las enfermedades y muertes espirituales de los hijos, pero fortaleza para no quedar derribado ni desmayar en la misión... Tal sería, en definitiva, el amor que animaría y daría fecundidad a las diversas acciones concretas que emprendió para extender el Evangelio. No es extraño que tuviese el fruto de grandes conversiones y de muchos hijos e hijas espirituales, discípulos y discípulas que constituyeron toda una corriente de renovación en la Iglesia.

Fr. Luis de Granada reconocía esta fecundidad con las siguientes palabras:

[...] no sabré determinar con qué ganó más ánimas para Cristo, si con las palabras de su doctrina, o con la grandeza de la caridad y amor, acompañado de buenas obras, que a todos mostraba²⁴.

²² FR. LUIS DE GRANADA, *Vida...*, o.c., 32.

²³ *Ibíd.*, 33.

²⁴ *Ibíd.*, 41.

c) *Orante: «Más imprime una palabra después de haber estado en oración que diez sin ella»*

La oración caracterizó toda la vida de Juan de Ávila y se intensificó a medida que las enfermedades iban limitando su actuación pública. Cuenta Fr. Luis de Granada que, cuando predicaba, «tenía dos horas de oración por la mañana y otras dos en la noche», robándolas al sueño y en medio de las ocupaciones; y, cuando disminuyó esta actividad, acrecentó la oración: «toda la mañana hasta las dos de la tarde gastaba con Dios y en la Misa cuando la podía decir», para atender por la tarde a los que acudían a él, y volver a recogerse después de nuevo en oración²⁵.

Los consejos que daba respecto a la vida de oración dependían de las situaciones de los destinatarios, pero a todos inculcaba la necesidad de la misma.

En el *Audi, filia* lamentaba la falta de oración en la gente, carencia que provenía del «poco sentimiento que tienen los hombres de las necesidades espirituales, que son las verdaderas; pues quien verdaderamente las siente, verdaderamente ora y con mucha instancia pide remedio». Lamentaba también que, con frecuencia, la oración se quedase en la petición respecto a necesidades temporales: «Todo nuestro orar se ha pasado a lo que se ha pasado nuestro sentido, que es el bien o mal temporal». Y por ello intentaba despertar a sus destinatarios a la interioridad y la trascendencia: «tened vivo el sentido de vuestra ánima, con que gustéis que vuestro verdadero mal es no servir a Dios, y vuestro verdadero bien es servirle»²⁶. Aquellos que despierten a esta sensibilidad, serán agradecidos a la «licencia de hablarle y conversar con Él» y usarán de ella con frecuencia. Esta perspectiva nos permite comprobar cómo la difusión de la oración va ligada a la predicación del Evangelio, a la apertura de los hombres a la

²⁵ *Ibid.*, 81.

²⁶ *Audi, filia* [II], c. 70: OC I, 686-687.

buena noticia y la valoración de la fe cristiana y la relación viva con Dios.

No nos detenemos ahora en la lucha de Juan de Ávila por la oración mental, frente a quienes entendían que no debía ser accesible a todos por considerarla potencialmente peligrosa para el pueblo, cuya vida cristiana se debería, según esto, mantener por medio de los ritos y la oración vocal; tan solo indicamos que Ávila se mantuvo fiel a su convicción de que la oración mental es para todo cristiano (sin desechar la vocal); en su apostolado se preocupó de iniciar en la misma a quienes acompañaba.

A los predicadores del Evangelio les aconsejaba reservar sus ratos de oración, pues lo contrario suponía quedar vacío, pobre para sí y para otros:

[...] más imprime una palabra después de haber estado en oración que diez sin ella. No en mucho hablar, mas en devotamente orar y bien obrar está el aprovechamiento. Y por eso así hemos de mantener a los otros, como nunca nos apartemos de nuestro pesebre y nunca falte el fuego de Dios en nuestro altar. No sea, pues, muy continuo demasiadamente en darse a otros, mas tenga sus buenos ratos diputados para sí; y crea en esto a quien lo ha bien probado (C 4, p.30-31).

Tal planteamiento supone, de nuevo, que la eficacia de la predicación depende más de actos espirituales que de grandes y continuas actividades, más de la hondura de vida alcanzada por el mensajero que de la abundancia de palabras que pueden caer en la superficialidad y la falta de significación.

Con todo, Juan de Ávila conoce las exigencias del servicio pastoral y busca un equilibrio. Así, en una carta a un cura de almas, se detiene en dar remedios contra la tibieza, la cual no puede hacer morada en el cristiano, porque «en poco tiempo se come la hacienda ganada en mucho y deja pobre a su dueño» hasta llevarle a la muerte espiritual; le aconseja «mezclar en todas sus ocupaciones la memoria y presencia de Dios», procurar

estar interiormente unido a Él cuando presta atención pastoral a sus parroquianos, pidiendo por ellos, y buscar en todos los asuntos a Dios, con lo cual fácilmente los alejará de su imaginación cuando se recoja con Él. Le da también consejos sobre el modo de introducirse en la oración y, finalmente, le indica que, seguido todo esto, ha de asumir también que su experiencia no será como la de un monje sin carga pastoral:

[...] aunque no tenga vuestra merced tanta devoción como si no tuviese ocupaciones, no se fatigue; pues no es posible, si no fuese por algún muy particular don, tener tanta con ocupaciones, y muchas, como estando solo noche y día en su celda [...] Y así procure vuestra merced tener la más que pudiere; mas no desmaye si no alcanzare lo que quisiere, que las ánimas en cuyo provecho vuestra merced entiende, algo valen, pues costaron a Jesucristo sus sangre (C 162: p.554-555).

La primacía de la caridad se establece, pues, también en este terreno: el que tiene responsabilidad pastoral ha de asumir un cierto ascetismo espiritual, mantener viva la sed de Dios, y nunca caer en la tibieza, que constituye un gran riesgo si anida en el corazón.

d) *Pobre al servicio de los pobres*

Fr. Luis de Granada resalta la raíz evangélica del modo en que Juan de Ávila vivió el inicio de su ministerio. Indica que, recién ordenado sacerdote, procuró hacer realidad en su vida dos pasajes lucanos: «Si alguno no renunciare todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo» (Lc 14,33); este versículo iluminaría su decisión de vender toda la herencia de sus padres y repartirla entre los pobres; en su primera misa en Almodóvar del Campo, su villa natal, lavó los pies a doce de ellos y los sentó a su mesa, en una clara actualización del jueves santo. Luego, cumplió lo dicho por el Señor a sus discípulos

cuando los envió a predicar, «mandándoles que no llevasen ni bolsa ni alforja (cf. Lc 9,3), sino sola fe y confianza en Dios, porque con esta provisión nada les faltaría»²⁷. A este despojamiento voluntario siguió otro involuntario: la frustración de su intento de pasar a Indias, impedido por el arzobispo de Sevilla don Alonso Manrique, teniendo que quedar en Andalucía. Por último, el proceso inquisitorial que siguió a sus primeros años de predicación acabaría por orientar toda su vida hacia la configuración con el Crucificado, y la centralidad de la Pasión le haría amar la desnudez y la pobreza como modo de corresponder al amor de Cristo pobre.

Pero él sabía que la Cruz había sido tan solo el final y la culminación de una pobreza abrazada desde la encarnación y vivida paso a paso, también en el ministerio público. Hablaba en sus sermones de un Jesús que toma figura de romero, peregrino, caminante, que «no tuvo renta, casa ni posesión. Santa Marta le acogía como a pobre, y otros le ayudaban con sus haciendas, siendo Él Señor de todas las del mundo, tanto que nace en casa ajena, que el día de su muerte en sábana ajena y sepultura de otro le enterraron e celebraron sus exequias» (S 16: p.221). Este fue su modelo y es fácil reconocer-lo en él.

Con esta perspectiva, Ávila ejerció su ministerio como un clérigo pobre e itinerante; obtuvo un beneficio en la villa de Santaella que le vinculó a la diócesis de Córdoba, pero que ofreció enajenar a favor del proyecto de un estudio general en la ciudad, y nunca aceptó otros beneficios, canonjías ni obispados (en el Proceso de beatificación se mencionan como ofrecidos los de Granada y Segovia). La pobreza sería una constante en su vida: se hospedaba en hospitales, en casas de sacerdotes o de discípulos y discípulas (como doña Mencía de Narváez, que le hospedó en Córdoba), pero rehusando las mansiones y casas nobles (como el palacio de los condes de Feria en Zafra); vestía pobremente y compartía lo poco que tenía con los más necesitados.

²⁷ FR. LUIS DE GRANADA, *Vida...*, o.c., 30.

Toda limosna que llegaba a sus manos iba a parar a los pobres y a proyectos de caridad y promoción social, en especial las instituciones educativas, entre las cuales los colegios de niños de la doctrina prestaron un destacado servicio de alfabetización e integración social de niños pobres²⁸. Cuando residía en los hospitales, como en el de San Bartolomé o de las Bupas de Córdoba, «se quedaba muchas veces de noche con los pobres, y en particular cuando estaban en peligro de muerte, y los consolaba y confortaba en el Señor ayudándoles a bien morir»²⁹. Algunos de sus discípulos destacaron sobremanera en el servicio a los más necesitados, como Juan Ciudad (san Juan de Dios) o Esteban de Centenares (que se dedicó al mundo rural de Sierra Morena), y la gran mayoría se ejercitaron en la predicación y las misiones populares.

Entendía Juan de Ávila que la pobreza debía ser una virtud de todo predicador del Evangelio, de todo *embajador* de Cristo; y ello en razón del propio envío a la misión en nombre de Cristo. Los memoriales de reforma son significativos a este respecto, pues de la pobreza dependía muchas veces si el modo de vida del clero era evangélico o no; él, por su parte, no solo escribió sobre ello, sino que se atrevió a realizar correcciones fraternas en este sentido a prelados poderosos, como Leopoldo de Austria, obispo de Córdoba, tío de Carlos V, o a eclesiásticos localmente muy influyentes, como don Juan de Córdoba, deán de la catedral y abad y señor de Rute.

Ávila ejerció también como consejero espiritual de algunos obispos, y en este ámbito recomendó la pobreza exactamente con el mismo sentido con que él la vivía. Así, cuando el obispo de Córdoba don Cristóbal de Rojas y Sandoval, fue a presidir el concilio provincial de Toledo de 1565, Ávila le escribió una carta en la que comprendía esta misión concreta como

²⁸ Sobre esto, J. L. MORENO MARTÍNEZ, «San Juan de Ávila, promotor de instituciones de caridad», en *La Iglesia española y las instituciones de caridad. Actas del Simposium 1/4-9-2006* (Ediciones Escorialenses, El Escorial 2006) 53-71.

²⁹ *Proceso de beatificación del Maestro Juan de Ávila* (BAC, Madrid 2004) 202.

una «embajada de parte de Dios» y procuró disponer el ánimo del prelado para que fuese verdaderamente libre, para que quitase de sí «todos los impedimentos a la inspiración del Señor y a las obras que Él por medio de vuestra señoría quisiere obrar»; en esta carta aludía también al modo pobre en que debía realizar tal misión, en imitación de Cristo, que «nació en pobreza y aspereza, y de la misma manera vivió, y con crecimiento de esto murió»; así pues:

[...] habiendo Él traído la embajada del Padre con este tan humilde aparato, no se agrada que su embajador, pues es de rey celestial, vaya con aparato de mundo, pues dijo por san Juan: *Sicut misit me Pater, et ego mittam vos* (Jn 20,21). [...] No piense vuestra señoría persuadir a nadie reformación, si él [vuestra señoría] no va reformado. Ni piense que por otros medios ha de ser su embajada provechosa, sino por los que Jesucristo por ordenación de su Padre tomó para cumplir la suya. [...] gran temeridad es querer el siervo y criado huir de los medios que tomó el Hijo y tener en más la propia y carnal sabiduría que la de Dios. Alce los ojos vuestra señoría al Hijo de Dios puesto en una cruz, desnudo y crucificado, y procure desnudarse del mundo y de la carne, y sangre, codicia, y de honra, y de sí mismo, para que así sea todo él semejante a Jesucristo y sea su embajada eficaz y fructuosa. Muera a todo y vivirá a Dios, y será causa para que otros vivan, porque si esto no hace, perderse ha a sí y a los otros, pues la palabra de Cristo Señor nuestro no puede faltar: *Nisi granum frumenti*, etc. (Jn 12,24) (C 182: p.603).

Estas palabras nos permiten percibir que, para Juan de Ávila, la pobreza evangélica tiene que ver con la misión, por cuanto supone un elemento de coherencia con Aquel que envía y permite re-presentarle, hacerle presente, de manera eficaz. El orden de los medios, pues, tiene su importancia, sin que debamos reducir aquí la pobreza a lo material, sino que ha de ser la expresión externa del despojamiento interior hasta la entrega de sí. Este espíritu contribuyó en gran medida a la fecundidad del ministerio de Ávila.

e) *Estilo evangélico y paulino: itinerancia, fraternidad y redes de relaciones*

El ministerio público de Jesús y el de san Pablo constituyeron los dos grandes modelos inspiradores de Juan de Ávila, teniendo en cuenta que el segundo remitía al primero: «sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo» (1 Cor 11,1). Respecto al primero, hemos indicado ya cómo siguió las huellas de Jesús para conformarse con su estilo desde los comienzos de su ministerio, y cómo el desarrollo de este le fue llevando a un conocimiento cada vez más profundo de Cristo. Por lo que se refiere a san Pablo, no podemos entrar aquí en el *paulinismo* del Maestro Ávila —cuestión que desbordaría los límites de este trabajo—, pero sí es necesario registrar su honda identificación espiritual con el Apóstol de las gentes. Dice Fr. Luis de Granada: «Fue nuestro predicador muy devoto del Apóstol san Pablo, y procuró imitarle mucho en la predicación y en la desnudez, y en el grande amor que a los prójimos tuvo. Supo sus epístolas de coro. Fueron maravillosas las cosas que de este santo Apóstol predicaba y enseñaba. Teníale singularísimo amor y reverencia; y así en las epístolas que nuestro predicador escribió le imita maravillosamente»³⁰.

En este apartado, quisiera tan solo referirme a tres características que, inspiradas en Jesús y en san Pablo, aparecen con toda claridad en el modo de ejercer su ministerio.

En primer lugar, la *itinerancia*. Ávila nunca quiso establecerse de modo definitivo en un lugar. Su primer impulso le llevaba a América, por escoger «el lugar donde hubiese más trabajo y más necesidad, y menos honra y aplauso del mundo»³¹. Cuando esto le fue impedido y quedó en Sevilla, predicó en la ciudad y en las villas del entorno; cuando pasó a Córdoba, hizo lo mismo, y así se llegaría a convertir en el *Apóstol de Andalucía*. Cuando el arzobispo de Granada Gas-

par de Ávalos le quiso retener en su diócesis y a su lado, le respondió: «Reverendísimo señor, todo lo que Nuestro Señor fuere servido haré, como es razón»; se mantuvo abierto a lo que nuestro Señor quisiese de él, «como hombre que no era suyo, sino del Señor que lo había escogido para aquel oficio. Y entendía él que los que este oficio tienen han de atender a la voluntad del Señor, y por ella han de disponer de su asiento y de sus caminos»³². Fue así hasta el punto de que resulta difícil establecer con exactitud dónde se encuentra en cada momento, pues sus idas y venidas, sus estancias en los lugares y la diversidad de sus actividades apostólicas son asombrosas. Su retiro en Montilla se debió a limitaciones impuestas: las de la enfermedad y quizás también las del clima de persecución que afectó a sus discípulos y aconsejó prudencia. Pero incluso en Montilla la vida ascética y mística le permitió espiritualizar, por decirlo así, su itinerancia, forjando una etapa extraordinariamente fecunda en experiencia y escritos, y manteniendo una riquísima relación epistolar.

En segundo lugar, la *fraternidad* en el ejercicio del ministerio. Juan de Ávila nunca fue un presbítero solo: siempre tuvo referencias, y si ganó discípulos fue para desplegar con ellos toda una acción misionera y evangelizadora que recorrió Andalucía y llegó a Castilla, Portugal e incluso Italia. Entre sus referencias iniciales, además de la formación recibida en la universidad de Alcalá de Henares, hay que destacar la figura de Fernando de Contreras, sacerdote con el cual se inició en sus primeros pasos en Sevilla y que dejó una profunda huella en su estilo sacerdotal. En cuanto a sus discípulos, conocemos a muchos, pero todavía nos falta el elenco completo de los mismos; sabemos que unos treinta ingresaron en la Compañía de Jesús, y que muchos eran de origen judeoconverso; sabemos que adquirieron a su lado una espléndida formación en todos los ámbitos y que a bastantes los envió a estudiar a las universidades y con ellos fundó luego centros educativos,

³⁰ FR. LUIS DE GRANADA, *Vida...*, o.c., 134.

³¹ *Ibid.*, 102.

³² *Ibid.*, 106-107.

desde las escuelas de niños hasta la universidad de Baeza. Juan de Ávila concebía, pues, la misión como una *misión conjunta*, en la cual fomentaba la corresponsabilidad. Tuvo un admirable don carismático para ser con sus discípulos padre espiritual, maestro, acompañante, consejero, compañero y amigo, sin que ninguno de estos términos quedase desdibujado en una confusa indefinición. Imitó los envíos neotestamentarios, dispersando a sus discípulos *de dos en dos* en diferentes misiones, que iban de las zonas más pobres de Sierra Morena a las almadrabas de atunes de Sevilla o las Alpujarras de Granada y las tierras de Jaén; debían recogerse en los hospitales y en las sacristías de las iglesias y no recibir limosnas de misas; si algo recibían debían entregarlo al cura o a alguna autoridad para repartirlo entre los pobres. Estamos, pues, ante la visión de una pastoral evangelizadora llevada delante de manera conjunta por predicadores que representaban todo un movimiento de renovación sacerdotal.

Por último, el estilo evangélico de Juan de Ávila fue tan abierto que llegó a constituir lo que hoy podríamos llamar *redes de relaciones* al servicio de la misión. Aunque este aspecto no está realmente estudiado, creo que no me equivoco si afirmo que —como en el caso de san Pablo y sus colaboradores— la transmisión del evangelio se produjo a través de un impresionante tejido de relaciones que se caracterizó por el sentido misionero y la profundidad de la vida espiritual. Fue este tejido de relaciones el que hizo posible que Juan de Ávila impulsara la espiritualidad española del siglo XVI de una manera de la que creo que aún no somos suficientemente conscientes a día de hoy. El papel que estas relaciones jugaron en su propia tarea apostólica debe merecer especial atención y no aminora, sino que engrandece su figura. El Evangelio se transmitía por estas redes a base de encuentros personales que fomentaban la conversación espiritual, las lecturas espirituales, la confianza, las referencias de vida y los compromisos apostólicos. En esta red de relaciones las mujeres ocuparon un lugar destacado, hasta ahora oscurecido en la historiografía por la perspectiva unila-

teral de la llamada *escuela sacerdotal*. En definitiva, nos hallaríamos ante una evangelización cuyo dinamismo se sostiene en gran medida sobre la calidad de este tejido de relaciones, cuyo efecto multiplicador resulta asombroso. Esta red parece haber sido el elemento más estable de la acción apostólica de Ávila y sus discípulos, desborda su *escuela*, y lleva la influencia de la espiritualidad que representa hacia fronteras en las que él mismo no estuvo presente.

Finalmente, hay que recordar que toda su enorme actividad queda abrazada y orientada por su profundidad interior. Así lo reflejaba su discípulo y amigo Fr. Luis de Granada:

Pero de lo que yo más me maravillo es ver que con toda esta muchedumbre de sus continuas ocupaciones con los prójimos, no por eso perdía aquella acostumbrada medida y serenidad del hombre exterior, ni tampoco el recogimiento y ejercicio del interior. Y la causa de esto parece haber sido la orden de su vida; porque el día daba a los prójimos; más la noche, a imitación de Cristo, gustaba con Dios. Y además de esto, de tal manera trataba con los prójimos, que no perdía del todo la unión de su espíritu con Él, procurando, como enseña san Juan Clímaco, conservar la quietud interior del ánima entre la variedad y muchedumbre de los negocios del cuerpo, que es obra de varones perfectos³³.

f) *La verdadera alegría, frente a la vanagloria*

Terminamos este recorrido con una breve referencia a lo que Juan de Ávila señalaba como una de las grandes tentaciones para el predicador del Evangelio y sobre la que advertía en sus escritos y cartas: la vanagloria. Así como en tiempo de persecución hay que sostener la fidelidad al Evangelio, cuando, por el contrario, se es reconocido o incluso alabado, hay que estar vigilante contra la inclinación a apropiarse lo que se debe a Dios.

³³ *Ibíd.*, 134-135.

Si la misión es en realidad algo superior a las fuerzas humanas y para llevarla a cabo es necesario suplicar que Dios *obre y hable en nosotros*, al enviado le es preciso reconocer que solo es tal, un mensajero, un pregonero, que habla y actúa en nombre de Otro. Juan de Ávila procuraba inculcar esto a todos los predicadores: una pureza y rectitud de intención que consistía en buscar solo la gloria de Dios y una fidelidad total a Cristo, que es quien envía. Recordaba que así actuó Él:

Fidelísimo fue Cristo a su Padre, cuya gloria siempre predicó y buscó; en los milagros que hacía y palabras que predicaba, todo decía que le venía del Padre y que alabasen al Padre; y así los predicadores de Cristo a su gloria han de predicar y a Él referir todo lo que bien obran y hablan, para que así sean coronados por Él, como Él lo fue por el Padre (C 4: p.30).

Así, el predicador nunca debe retener para sí mismo el amor que recibe de los demás en el ejercicio de su ministerio, sino procurar «que amen a Cristo y le honren». Solo así realizará en verdad la mediación a la que ha sido llamado³⁴. Este despojamiento interior, que requiere una afectividad completamente centrada en Cristo y orientada desde Él en todo lo que se refiere al amor al prójimo, tiene su polo opuesto en la tentación de la vanagloria, la cual se ofrece como una plenitud capaz de llenar el vacío, si esa interioridad no halla su plenitud en el amor de Cristo.

Juan de Ávila conocía que tal tentación resultaba inevitable a la condición humana del predicador, y así la registraba en los santos, en san Bernardo, en santo Tomás..., y recomendaba los remedios que ellos aplicaban, tan sencillos

³⁴ «¿Qué cosa más para huir que el robo de la honra de Dios y, diciendo con la boca que miren a Dios, querer con el corazón que quiten sus ojos de Él y los pongan en una vileza? [...] ¿Qué cosa más al revés se puede pensar que lo que es ordenado para otro se desordene contra él, y se quiera hacer de camino término y de medio fin?» (C 165: p.560-561).

como hacerse interiormente ausentes cuando recibían una aclamación popular o hacer la señal de la cruz sobre el corazón diciendo: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam* (Sal 115,1).

Sin embargo, esta pureza interior y esta austeridad o ascética afectiva de ningún modo seca el corazón del predicador del Evangelio, puesto que goza del amor de Cristo y ha de saber encontrar en la propia misión una auténtica fuente de alegría. Dejemos que sea el propio Ávila quien lo exprese:

Por el fruto que nuestro Señor da, se den gracias a Él; porque tan poco es en nuestra mano hacerlo, como que la tierra dé fruto no lloviendo el cielo. Y aunque el galardón del sembrador no esté colgado del fruto que nace, mas de la caridad de la honra de Dios y del provecho del prójimo, y de los trabajos que por ello pasa; mas todavía se debe gozar porque lo haya Dios hecho instrumento y aposentador para que Él more en las almas, según nos enseñó Jesucristo, cuando una vez que leemos *haberse gozado*, fue *en espíritu* (cf. Lc 10,21) y venidos los discípulos de predicar; dando a entender en esto que el gozo del cristiano no ha de ser otro sino de ver el Evangelio publicado y recibido. En esto gozo no ha de tener parte la vanidad, mas ha de ser en el *Espíritu Santo*, gozándose de la conjunción de las ánimas con su Dios y atribuyéndole a Él buen suceso de este negocio³⁵.

Que el gozo del *cristiano* —y todo cristiano ha de ser *evangelizador*— consista en ver predicado y recibido el Evangelio, es decir, que se produzca en la humanidad y en cada persona el encuentro y la unión con Dios (*la conjunción de las ánimas con su Dios*, como decía Ávila), nos remite al principio de la evangelización: el amor a Dios y a los hombres. En ese amor, cuyo principio es, a su vez, el amor divino, se encuentra el secreto de la alegría y de la fecundidad de la misión.

³⁵ *Ibid.*, 561.

Conclusión: Juan de Ávila, modelo de evangelizadores

Creo que estas pequeñas pinceladas que he podido ofrecer de la figura de Juan de Ávila como *predicador del Evangelio al modo evangélico* pueden resultar sugerentes para las búsquedas actuales en todos los campos de la evangelización. Con frecuencia los desafíos de nuestra realidad nos inquietan y preocupan hasta el punto de movernos hacia la búsqueda de recetas eficaces y fórmulas de resolución de los problemas, cuando, en realidad, habríamos de buscar *una renovación en el espíritu* tal que, por la propia *vuelta al Evangelio*, hiciéramos este significativo para el hombre de hoy, pues en sí mismo lo es; ¿o acaso no lo creemos? ¿Qué es lo que Ávila hizo en su tiempo? Propiciar una vuelta al Evangelio y, con ello, renovar la Iglesia; no de otra manera.

Por esta razón, no he querido establecer un arco por encima del tiempo y de la historia entre su época y la nuestra, ni traspasar conceptos actuales a su tiempo, su figura y su pensamiento. He preferido que sea el propio Juan de Ávila quien hable y quien nos muestre la naturaleza de su ser evangelizador, convencida de que es esto lo que hemos de descubrir. Las pinceladas expuestas nos podrían permitir hacer un trabajo posterior: aplicarnos el termómetro sobre cada una de ellas en nuestra vida personal, comunitaria, eclesial. Ya esto nos permitiría ponernos bajo el magisterio de un Doctor de la Iglesia.

Otras ponencias nos descubrirán aquí algunas de las diversas facetas en las que se concretó este ser *evangelizador (predicador del Evangelio)* en grandes líneas y realizaciones. Por mi parte, he procurado tocar en alguna medida la hondura espiritual, teológica y vital de la que todo eso provenía. Ello apunta a la cualidad fundamental para comprender su figura: la santidad. Estamos, efectivamente, ante *un santo*. Por eso nos remite al Evangelio, a Cristo, a Dios uno y trino; por eso pregonó en su tiempo —y sigue pregonando hoy para quien se acerque a su vida y a sus escritos— la buena

noticia de Jesucristo. Y es que, como afirmó Benedicto XVI el día en que lo proclamó Doctor de la Iglesia, «los santos son los verdaderos protagonistas de la evangelización en todas sus expresiones»³⁶.

³⁶ Homilía en la Santa Misa de apertura del Sínodo de los obispos y proclamación como doctores de la Iglesia de san Juan de Ávila y santa Hildegarda de Bingen, 7-10-2012).